



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Universidad de la República
Facultad de Psicología

**Problematizando la exclusión social para comprender la situación de calle en
Uruguay.**

TRABAJO FINAL DE GRADO

Monografía

Docente tutora: Asist. Dra. María Verónica Blanco Latierro

Docente revisora: Asist. Mag. Gabby Recto Alvarez

Estudiante: Alicia Rosana Duarte Estévez

C.I.: 3.251.598-0

Montevideo, Diciembre 2023

Resumen

La presente monografía está realizada en el marco del Trabajo Final de Grado de la Licenciatura en Psicología de la Facultad de Psicología de la Universidad de la República y problematiza la situación de calle en nuestro medio. Se trata de abordar las profundas consecuencias sociales que se relacionan a los cambios urbanos, en base a un proceso de industrialización que significó el desplazamiento y la categorización de la población y del territorio, así como la segregación. El capitalismo moldea nuevas subjetividades y promueve, a través de los medios masivos de comunicación y las nuevas tecnologías, el consumismo y el individualismo. El avance tecnológico supone nuevas formas de relacionarse, de generar vínculos, de proyectar modelos identificadorios. Las industrias generaron espacios urbanos, que significaron nuevas apropiaciones y simbolizaciones, nuevas identificaciones y sentidos de pertenencia. En las últimas décadas, con los cambios en los sistemas productivos y el cierre de las fábricas, se coarta la identificación con el espacio territorial, se acentúa la fluidez y la desesperanza. El papel del Estado a través de la seguridad social, fue muy importante para garantizar los derechos de la clase trabajadora y niveles básicos de calidad de vida. Con el neoliberalismo, el retraimiento del papel del Estado trajo precarización laboral, desempleo, informalidad y nuevos entornos de pobreza donde se acrecienta la vulnerabilidad y la exclusión, acrecentando potencialmente las personas en situación de calle, emergentes de un fenómeno multicausal. Finalmente consideramos algunas formas organizativas novedosas que pueden aportar alternativas interesantes.

Palabras claves: exclusión, situación de calle, vida urbana.

Índice

Introducción.....	4
1. Algunos aportes de la Psicología Social.....	5
1.2 Ciudad y TICs en tiempos actuales.....	9
1.2.1 Proceso de urbanización.....	9
1.2.2 El avance tecnológico de la modernidad.....	13
1.2.3 Relación entre vínculo y tecnología.....	14
1.3 Síntesis primaria	15
2. Problematizando la exclusión.....	16
2.1 Algunos aportes históricos.....	17
2.2 Exclusión social en América Latina.....	19
2.2.1 Dimensión económica.....	19
2.2.2 Dimensión relacional.....	20
2.2.3 Dimensión simbólica.....	21
2.2.4 Dimensión política.....	22
2.3 Algunas consideraciones sobre vulnerabilidad y exclusión y sus distintas dimensiones.....	23
3. Contextualidades, sociales, económicas y políticas.....	25
3.1 Situación de calle.....	26
3.2 Una mirada a la multicausalidad.....	29
3.3 De la exclusión a la organización.....	32
4. Síntesis final.....	33
Referencias bibliográficas.....	38

Introducción

El presente trabajo surge de la necesidad de problematizar la situación de calle en nuestro medio, teniendo en cuenta la cantidad de personas que se visualizan habitando las calles de Montevideo en los últimos años, cuyo número viene en aumento. En este sentido, trata de abordar las profundas consecuencias sociales que se relacionan a los cambios urbanos, en base a un proceso de industrialización que significó el desplazamiento y la categorización de la población y del territorio, así como la segregación de lo diferente. El capitalismo moldea nuevas subjetividades y promueve, a través de los medios masivos de comunicación y las nuevas tecnologías, el consumismo y el individualismo. El avance tecnológico supone nuevas formas de relacionarse, de generar vínculos, de proyectar modelos identificatorios. Las industrias generaron espacios urbanos, que significaron nuevas apropiaciones y simbolizaciones, nuevas identificaciones y sentidos de pertenencia. En las últimas décadas, con los cambios en los sistemas productivos y el cierre de las fábricas, se coarta la identificación con el espacio territorial, se acentúa la fluidez y la desesperanza. El papel del Estado a través de la seguridad social, fue muy importante para garantizar los derechos de la clase trabajadora y niveles básicos de calidad de vida. Con el neoliberalismo, el retraimiento del papel del Estado trajo precarización laboral, desempleo, informalidad y nuevos entornos de pobreza donde se acrecienta la vulnerabilidad y la exclusión, acrecentando potencialmente las personas en situación de calle, emergentes de un fenómeno multicausal.

En el primer capítulo desarrollamos conceptualizaciones teóricas pertinentes a la Psicología Social, el surgimiento de la Psicología Social Comunitaria, aportes teóricos posestructuralistas, teorías urbanas y Tics, como conceptos bases para pensar el tema, los cambios sociales y los cambios tecnológicos como productores de subjetividad.

En el segundo capítulo se abordan los conceptos de vulnerabilidad y exclusión conjuntamente con una revisión histórica, las distintas dimensiones y algunos aportes de la situación social de América Latina.

En el tercer capítulo trataremos la situación de calle en Uruguay, las contextualidades políticas, económicas y sociales, así como la multicausalidad de dicho fenómeno. Finalmente consideramos algunas formas organizativas novedosas que pueden aportar alternativas interesantes.

Por último haremos una síntesis final con reflexiones para continuar pensando.

1. Algunos aportes de la Psicología Social

Para poder pensar y reflexionar sobre una de las problemáticas sociales actuales, como lo es la situación de las personas sin hogar, que habitan las calles, recurrimos a los constructos teóricos y a los aportes de la Psicología Social Comunitaria. La misma surge como disciplina para atender el sufrimiento de los más vulnerados, producto de la globalización capitalista que se ha impuesto como modelo.

En este capítulo haremos un breve recorrido desde el surgimiento de la PSC y su campo, trabajamos algunos conceptos de la Psicología Social, la Psicología Social en el Río de la Plata, así como también teorías urbanas y Tics.

Desde el punto de vista mediático nos inducen a ver a la globalización, como algo que nos une, que nos conecta, pero sobre esto Rodríguez (2018), dice que la llamada globalización no es más que la dominación del sistema capitalista imperialista en todas sus formas, desde los medios de comunicación, la tecnología, la imposición del capital en todos los territorios de los países más empobrecidos, donde no hay desarrollo posible. La emergencia de la Psicología Social Comunitaria (PSC) surge para dar respuesta a las desigualdades más profundas que causan sufrimiento en gran parte de la población en América Latina. En la región estas desigualdades habían retrocedido con los gobiernos progresistas que atendieron a la pobreza, pero el avance de los gobiernos neoliberales han profundizado la estigmatización y discriminación hacia el sector más pobre de la población, reduciendo inversiones y la creciente corrupción como fenómeno socio-político (Rodríguez, 2018).

La PSC como dice Rodríguez (2018) tiene que problematizar algunas categorías metodológicas y teóricas para los desafíos sociales actuales. Existe un conflicto entre los principios de la disciplina y las políticas sociales aplicadas por un Estado capitalista que resulta tener un rol contradictorio, ya que por un lado garantiza la acumulación capitalista y por otro tiene que atender los estragos sociales que genera el propio sistema.

Para comprender la situación de exclusión según Rodríguez (2018), en primer lugar es necesario analizar cuáles son las formas de dominación que se dan y las estrategias que ejercen los sectores dominantes para mantener su lugar de poder. En segundo lugar, considerar que lo que se afecta en la exclusión es el vínculo social, el sufrimiento que causa la mirada del otro en el sujeto excluido. Como tercer punto tener una mirada hacia los distintos barrios actuales y las modalidades de residencia, usando la noción de comunidad como categoría de intervención y de análisis. Esta noción de comunidad en el trabajo de la PSC en algunos barrios, se encuentra fragilizada, la idea de

comunidad se encuentra ausente en gran parte de sus habitantes. Algunas de las causas mencionadas por Rodríguez (2018) son: la diversidad (historias no compartidas, múltiples identidades sociales y urbanas, pertenencias sociales y culturales diferentes), esto genera desconfianza, estigmatizaciones, discriminación y fragmentación; prima el aislamiento que el deseo de encuentro, los espacios de circulación son de no permanencia.

De esta forma los barrios se han sentido afectados por la falta de sentido de comunidad y de pertenencia “como producto de los fenómenos de desindustrialización a partir de la segunda mitad del siglo XX, y las afectaciones que han experimentado los lazos sociales y comunitarios como efecto de las mutaciones del capitalismo” (Rodríguez, 2018, p.12). Es necesario poner a dialogar las nociones de comunidad y territorio como escenario donde se despliegan las relaciones sociales, para comprender las dinámicas de las relaciones de poder incorporando otros actores no comunitarios pero influyentes en su conformación, como lo son el Estado y el capital. Además de la fragilización del sentido de identidad y comunidad, también estamos viviendo una resignificación de los lazos sociales con las transformaciones de procesos colectivos y nuevas modalidades de participación (Rodríguez, 2018). De esta forma surgen nuevas modalidades colectivas como lo son los colectivos feministas, entre otros.

Para pensar los modos de producción de subjetividad en el sistema capitalista Guattari y Rolnik (2006) dicen que es industrial y de escala internacional. El capitalismo ha entendido cuál es la importancia y ha sabido aprovechar la producción de subjetividad para sus fines. De esta forma todo lo producido por la subjetividad capitalista está ligado a un “sistemas de conexión directa entre las grandes máquinas productivas, las grandes máquinas de control social y las instancias psíquicas que definen la manera de percibir el mundo” (Guattari y Rolnik, 2006, p.41). El Capitalismo Mundial Integrado (CMI), no solo produce la representación sino que también modela comportamientos, las relaciones sociales, las relaciones sexuales, las percepciones, la memoria, etc.

Los individuos son el resultado de una producción en masa nos dicen Guattari y Rolnik (2006), donde este es moldeado, serializado y registrado, “ la subjetividad está esencialmente fabricada y modelada en el registro de lo social” (p.46). Por lo tanto la subjetividad no corresponde al campo individual sino a los procesos de producción social y material. La subjetividad circula por los grupos sociales, que es asumida y vivida por los sujetos en su individualidad. Esa subjetividad el sujeto la vive desde dos perspectivas, desde una relación de alienación, es decir el sujeto se somete a esta como la recibe y desde otra donde el sujeto se apropia y hace de los componentes de la subjetividad un

proceso de singularización. La tendencia actual es englobar todo en categorías unificadoras y reductoras que hace imposible visibilizar los procesos de singularización. Se imponen modos territorializados de subjetivación (Guattari y Rolnik, 2006).

Existe una suerte de "revolución molecular" según Guattari y Rolnik (2006), esta revolución es la resistencia a la producción subjetiva de escala planetaria, promoviendo procesos de singularización subjetiva. Esta singularización tiene que ser modeladora, es decir que capte referencias del medio pero que construya sus propias referencias prácticas y teóricas. A partir de que el grupo pueda vivir sus propios procesos, adquieren la capacidad de poder leer e interpretar su situación y lo que pasa a su alrededor. Asimismo la singularidad e identidad son completamente diferentes. El primero se trata de un concepto existencial y la identidad "es un concepto de referenciación, de circunscripción de la realidad a cuadros de referencia, que pueden ser imaginarios", que desemboca en procesos identificatorios (Guattari y Rolnik, 2006).

Existen procesos de marginalización que atraviesan a la sociedad, como son las prisiones, los manicomios o las nuevas formas de encasillamiento social. Esto por un lado da una visión de abandono, fatalidad y desesperanza pero por otro lado estos representan "no sólo polos de resistencia, sino potencialidades de procesos de transformación que, en una etapa u otra, son susceptibles de ser retomados por sectores enteros de las masas" (Guattari y Rolnik, 2006, p.94).

Para la construcción de un campo teórico y metodológico de los problemas de la subjetividad, nos dice Fernández (1999), se necesita de las herramientas tales como la de-construcción, el análisis genealógico y la elucidación. Esto significa desmontar, problematizar, visibilizar, interrogar lo establecido, abrir a la crítica. No se trata de legitimar lo ya sabido sino de abrir interrogantes para poder pensar los problemas de otro modo. Por lo cual se propone que las teorías y las prácticas sean de-construídas y re-construídas, que haga posible pensar los problemas de la disciplina de otra manera donde haya lugar para lo impensable. Este tipo de lectura de-construcción/ re-construcción, es necesaria para que se puedan realizar las confrontaciones teóricas locales y no globales para que además se pueda pensar en lo múltiple y no en lo único.

Otros aportes son las representaciones sociales a nivel popular. Para tener un acercamiento sobre el significado de las representaciones sociales, abordamos lo conceptualizado por Moscovici (1979) el cual dice que el concepto de representaciones sociales se ubica en el cruce de conceptos sociológicos y psicológicos. Pero las representaciones sociales son casi tangibles, circulan, se cruzan, toman forma en lo

cotidiano a través de las palabras, de los encuentros y de la gestualidad. Están impregnadas en los objetos que producimos, los que consumimos y las comunicaciones que intercambiamos, que son parte de nuestras relaciones sociales estrechas. Estos objetos y relaciones van dejando impresiones en nuestro cerebro, imágenes, que mantienen viva la huella del pasado, los protegen de los cambios, fortalecen las experiencias individuales y colectivas y el sentimiento de continuidad del entorno. De esta manera se las puede recordar, contamos un hecho ocurrido en el pasado, evocamos un paisaje o un acontecimiento. Siempre operan como un filtro y son producto de filtraciones de la información que el sujeto adquiere a través de la experiencia, seleccionando lo que viene del interior y sobre todo lo que viene del exterior. Los puntos de vista de los individuos y de los grupos, transmiten la escala de valores del individuo o de la colectividad. Estos elaboran el material simbólico que surge del intercambio del modo de ver, de esta forma se moldean recíprocamente. Los prejuicios por ejemplo de raza o clase, son producto de la naturaleza de la relación del hombre con su entorno social, no se producen aisladamente.

En el Río de la Plata según Percia (1989), los primeros grupalistas que se dieron en Buenos Aires fueron en la década de los años 50. Los mismos eran Psicoanalistas, pertenecientes a la Asociación Psicoanalítica. Trataron de llevar los mismos modelos hegemónicos del psicoanálisis de la época a otro territorio, el de la grupalidad, constituyendo el gran equívoco de los grupalistas, cuyos enunciados estaban desarticulados del momento histórico. Con la influencia de nuevas corrientes de pensamiento intelectual y acontecimientos mundiales se produjeron transformaciones alternativas producto de la dictadura que golpeaba a Argentina. De esta forma nacen los grupos de estudio como una práctica de red contrainstitucional. Es por esto que se produce una presencia masiva de psicoanalistas en instituciones de salud públicas, como un acercamiento de la disciplina a los sectores populares, posicionándola como derecho social, diversificándose la práctica.

Además en el Río de la Plata tenemos los aportes de Pichón-Riviere (1982) que fueron muy importantes para la disciplina, quien basa su teoría de la salud y enfermedad mental en el estudio del vínculo. Pichón-Riviere define el vínculo como una estructura intrincada, como una Gestalt, que incluye distintos elementos que componen un sistema, estos son el transmisor-receptor, el mensaje, el canal, los signos, el ruido y los símbolos. La adaptación a la realidad y el aprendizaje están estrechamente ligados. Plantea la crítica de la vida cotidiana que asume la Psicología social. La Psicología social tiene como objeto el estudio de la relación entre estructura social y mundo interno del sujeto, esta relación es

trabajada a través del vínculo. De esta manera se puede indagar la interrelación entre lo psicosocial y lo sociodinámico a través de la adjudicación y asunción de roles (Lema, 1991).

Pichón-Riviere (1982) coloca al enfermo mental como el portavoz de las neurosis del grupo inmediato, osea al grupo familiar. Inconscientemente está denunciando lo que subyace en la estructura y esto trae como consecuencia la marginalidad y la segregación.

1.2 Ciudad y TICs en tiempos actuales

En este apartado se dará cuenta del proceso de transformación que dieron lugar a las urbes modernas. Este proceso de urbanización impulsado por el capital y la industria, trajo consigo innumerables consecuencias en el plano social y la categorización de los ciudadanos y del espacio territorial. Al mismo tiempo analizaremos el avance de la tecnología como elemento cultural y productor de subjetividad.

1.2.1 Proceso de urbanización

Para comprender a la ciudad de nuestros tiempos, es necesario en primer lugar, hacer una síntesis del proceso de urbanización que se ha ido gestando a lo largo de la historia de la humanidad. Para ello tomamos los aportes de Lefebvre (2014), el cual dice que la sociedad urbana surge como un proceso de culminación de transformaciones que se dan a partir de la industrialización, es decir la sociedad postindustrial y a lo que el autor denomina “la sociedad burocrática de consumo dirigido”. El crecimiento económico producto de la industrialización extiende sus influencias sobre los territorios, las regiones, países y continentes. Es así, explica Lefebvre, que las aldeas donde se desarrolla la vida campesina, ya no trabajan más para los terratenientes sino para los centros urbanos, estas son absorbidas por unidades más grandes integrándolas de esta manera a la industria. La industria concentra a la población junto a los medios de producción, formándose de esta manera un nuevo tejido urbano que desplaza a la vida agraria, ejerciendo un predominio de la ciudad sobre el campo. La ciudad industrial presenta una enorme concentración de riquezas, actividades, entre otras cosas, donde se produce una fragmentación dando lugar a las periferias, residencias secundarias, satélites, extrarradios, etc. Las industrias se establecerán cerca de las fuentes de materia prima y la mano de obra de bajo costo, por lo tanto se centrarán en las ciudades existentes o se crearán ex profeso, así como también se retirarán de las mismas si eso les resulta beneficioso (Lefebvre, 2014).

Wirth (1968) por su parte, toma como urbanismo no solo lo concerniente a la ciudad como localidad, sino a todo lo que se manifieste en diferente medida las influencias

de la ciudad. Es decir que la vida rural podrá experimentar marcas del urbanismo en la medida en que las ciudades la influyan a través del contacto de los medios de transportes y la comunicación. Históricamente la ciudad no se ha ido incrementando por sí sola, sino que ha captado personas de otros lugares como el campo, otros países, personas de distintas razas y culturas. Por ello la vida cultural, los rasgos personales, las ocupaciones, las ideas de sus miembros, varían entre polos más amplios que los habitantes del campo. Cuanto mayor es el número de individuos en la interacción mayor será la diferenciación entre ellos y menor será la posibilidad de conocimiento personal en una comunidad. El aumento cuantitativo de los habitantes infiere un cambio en las relaciones sociales, que son impersonales y transitorias. Dichas relaciones están caracterizadas por la reserva, la apariencia de hastío, la indiferencia, como herramienta de protección contra las expectativas de otros y las exigencias personales. Wirth denomina a este tipo de relaciones de carácter esquizoide por ser superficiales, anónimas y transitorias.

Sobre el espacio territorial Wirth (1968) dice, que se establece una competencia por el espacio territorial y que cada área es usada con el fin de que produzca mejor aprovechamiento económico. El lugar de trabajo donde se ubican industrias y comercios, se hace indeseable como zona residencial. Surge de esta manera las diferenciaciones por zonas donde la población es distribuida según los ingresos, las razas, cultura, hábitos y prejuicios. Un alto índice de los pobladores no son propietarios de sus viviendas, por lo tanto dado su transitoriedad no genera tradiciones ni sentimientos firmes. En cuanto a las familias tienen otras características en la ciudad, tienden a ser menos numerosas que en el campo, el matrimonio y los hijos son pospuestos, las madres son empleadas, mayor número de personas viven solas y aisladas.

En la misma línea comparativa realizada por Wirth (1968) dice que en cuanto al trabajo en la ciudad hay más cantidad de personas mayores empleadas, más y mejores puestos de trabajo para las personas adultas, más profesionales e intelectuales respecto al campo o a pueblos pequeños. Aclara además que si bien las remuneraciones son más altas, el ciudadano gasta gran parte de su salario en alquileres, recreación, servicios, ascenso social y comida. En contrapartida los lazos sociales se han debilitado, la interrelación es frágil y volátil. Por lo tanto es de esperar que se manifieste, "la desorganización personal, el suicidio, el crimen, la corrupción y el desorden", mucho más que en las zonas rurales (Wirth, 1968, p. 13).

Siguiendo este análisis sobre las lógicas del sistema capitalista y su influencia en la sociedad, tomamos los aportes de Montenegro et al. (2014) que dicen que las mismas

trabajan en transformar las relaciones de sometimiento económico, culturales y psicológicas mediante la expropiación del potencial cultural, debilitando los procesos democráticos y limitando las posibilidades de negociación de los sectores más débiles. Estas formas de sometimientos vienen acompañadas de otras más sutiles que son ejercidas a través de los medios de comunicación, las nuevas tecnologías, y otras formas indirectas de control y contención de los conflictos sociales (Montenegro et al., 2014). Existe una crisis de lazos y un debilitamiento de los soportes sociales que llevan a situaciones de marginalidad social. Esta marginalidad se construye social y subjetivamente a través de la responsabilización y culpabilidad individual.

Siguiendo a Montenegro et al. (2014) los cuales aseveran que nos encontramos frente a una profunda transformación de los elementos tiempo, espacio e individuo que conforman a la comunidad. Los espacios de tránsito han perdido su contacto con la historia social del lugar que ocupan, convirtiéndose en un “no lugar”, como es el caso de avenidas, centros comerciales, etc., donde el sujeto se disocia de ese entramado geográfico. Las lógicas urbanas han ordenado los espacios y diferenciado por su valor de uso y dificultan la creación del sentido de comunidad. De esta manera se consolidan las diferencias en el acceso a los servicios, el precio del suelo urbano, y la separación de clases en la ciudad, con la intervención estatal que asegura esta segregación socioespacial (Montenegro et al. 2014, p.35). Para Lefebvre las relaciones sociales del capitalismo siguen una lógica de explotación y dominio que se extienden hasta la totalidad del espacio. La clase dominante ejerce su poder a través de estos, a través de la propiedad privada y de la acción del Estado. El Estado ejerce su poder dispersando a la clase obrera, adjudicándoles espacios definidos, para poder controlar el espacio y la sociedad.

¿Qué lugar ocupa la calle?

Siguiendo a Lefebvre (2014) es el lugar donde tiene movimiento, donde se permiten los encuentros posibles donde soy a la vez actor, espectáculo y espectador. Tiene función simbólica, de esparcimiento e informativa, en ella tanto se juega como se aprende. Pero la calle ya no es lugar de encuentro, se ha convertido en lugar de paso de vehículos y peatones, organizada para el consumo, donde no caben otras posibilidades de encuentros y han destruido la vida social y urbana. Si antes constituía un lugar de encuentros, actualmente es un lugar de paso, se ha convertido en un lugar donde las personas van en búsqueda de mercancía entre escaparates, “la calle se convierte en lugar privilegiado de -es decir, a la vez débil y alienado -alienante- de las relaciones que tiene lugar en la calle” (p.10). El capital ha realizado, como lo dice Lefebvre, una colonización del espacio urbano

que se lleva a cabo en la calle, convirtiendo a los objetos en símbolos y espectáculo a través de la publicidad que incita al consumo.

Fernández-Christlieb (2000) caracteriza a la sociedad posmoderna como estar siempre de paso. Las ciudades están construidas para que la gente fluya a través de sus calles y avenidas entre tiendas y carteles para no detenerse, donde la mercancía no se posee, se consume como un combustible. La transitoriedad del dinero que va y viene, por su afán de hacerlo circular, así como también las experiencias de la gente, las relaciones interpersonales instantáneas y olvidables. Lo que une a la comunidad contemporánea, según Fernández-Christlieb, es el escepticismo generalizado y la falta de credulidad.

El espacio urbano como tal, tomando los aportes de Valera & Pol (1994), es algo más allá de un espacio físico donde se desenvuelve la vida de las personas, sino que este es el resultado simbólico de la interacción social de las personas que comparten un mismo entorno urbano. Según estos autores, se elabora socialmente un conjunto de significados que se comparten entre las personas que interactúan en el espacio, que hace que se produzca una identificación. De esta manera trasciende su dimensión física para adquirir una dimensión simbólica y social. Este nivel simbólico hace que asuma ciertas características propias del espacio urbano que hace que se pertenezca a él y no a otro.

Según Valera & Pol (1994) la identidad de los sujetos se basa en la pertenencia con el propio grupo en el cual se acentúan las semejanzas pero a su vez se visibilizan las diferencias respecto de otros grupos, es decir la categorización de endogrupo y exogrupo. Este concepto implica que el sentido de pertenencia a un lugar o a un grupo, hace que se produzca una diferenciación con el que no pertenece al mismo. En tal sentido se adoptan características propias que se internalizan y se reproducen dando un sentimiento de continuidad que permite una conexión con el entorno urbano. El barrio por lo tanto es una delimitación geográfica a la que los individuos se sienten pertenecientes y conlleva determinadas características diferenciales a otros.

Giorgi (2003) dice que los barrios populares donde se concentraban fábricas y trabajadores, se han venido transformando por los cambios en el mundo del trabajo, sufriendo una desproletarización y abandono de las fábricas existentes que daban a la comunidad un sostén y un sentido de pertenencia. Hoy en día la desvitalización y el deterioro genera la ausencia de un espacio social y proyecto colectivo donde fundar el propio.

1.2.2 El avance tecnológico de la modernidad

La tecnología ha ido en acelerada evolución a través de las últimas décadas. Son la herramienta fundamental donde se afianza este mundo capitalista, neoliberal globalizado. Nos atraviesa y constituye como sujetos dependientes de un sinfín de dispositivos que consideramos imprescindibles para nuestras vidas. Nadie se imagina sin hacer uso de la tecnología.

La tecnología le ha dado velocidad a la producción y sus derivados, a los vehículos, pero también a la vida y sus ritmos en sus formas de comprar, vender, percibir y pensar contemporáneo, velocidad que a su vez conlleva olvido (Chirstlieb, 2000, p.148).

Con respecto a la situación actual Sibilia (2009) dice que estamos viviendo una época de transición, un pasaje entre un régimen caracterizado por el poder disciplinar, hacia otro modelo de sociedad que se viene moldeando en las últimas décadas. Algunas características del modelo anterior se intensificarán y otras cambiarán radicalmente. De esta manera se transformarán los tipos de cuerpos y las formas de ser y estar compatibles con los nuevos universos. Estas fuerzas históricas influyen en la conformación de cuerpos y subjetividades, al mismo tiempo bloquean el resurgimiento de otras alternativas (párr.20).

En la misma línea Rojas (2018) agrega que:

Las tecnologías se enlazan en una compleja trama sociocultural que va construyendo, en cada época, subjetividades y vínculos. Ellas, las tecnologías, en su diversidad, son producidas y a la vez producen lo humano. No hay antes y después, ni uno sin otro. En la actualidad, el mundo digital constituye un universo de producción subjetiva y vincular, que da lugar a lazos y configuraciones subjetivas difícilmente atrapables en conceptos previos (p.84).

La autora agrega además que la tecnología es servil al neoliberalismo contribuyendo a moldear subjetividades adaptadas a las expectativas del mercado, condicionando nuestras vidas e incidiendo en todas nuestras pequeñas o grandes decisiones. En la era digital la cultura de masas se ha convertido en elemento de control de las subjetividades. Al mismo tiempo surgen espacios para quienes quieren salir de lo homogeneizante y resistir a los mandatos predominantes, construir lo singular.

Aquellos que se encuentran en situación de exclusión social se ven privados de los beneficios de algunas tecnologías, que contribuyen a una mejor calidad de vida. Estas están

relacionadas a los chequeos médicos, y distintos estudios que se relacionan con la preservación de la salud y la prolongación de la vida (Rojas, 2018).

1.2.3 Relación entre vínculo y tecnología

La ciudad vista desde la digitalidad se presenta como un elemento de consumo cultural, que se expone a los cambios en el imaginario social de los grupos sociales. Esto implica dice Ruano (2017) “concebir que la ciudad presenta ofertas culturales, a las cuales los ciudadanos tienen acceso, como consumidores, pero también como gestores y artífices del quehacer cultural urbano” (p.631). Este mundo virtual permite relacionar de forma directa e indirecta a los productores con los consumidores, produce nuevas formas de contenidos culturales que son procesados, asimilados y consumidos de distintas maneras por los ciudadanos digitales. De esta manera los productores culturales tienden a darle especial importancia a la tecnología de comunicación e información para tener mayor cercanía con los consumidores, con el público, y poder interactuar con ellos.

La televisión dice Cuadra (2003), es el espacio virtual de la era moderna, en donde se legitiman las narrativas, los microrrelatos que dan coherencia al todo social a través de la imagen. Los medios masivos de comunicación y publicidad a través de slogans, utilizando la lógica de la moda, la seducción, la adoración momentánea de ídolos, proponen formas de vida. Esto lleva a la noción de vida exitosa, salud, alegría, juventud, viajes, dinero, es la exaltación propia del individuo.

En tal sentido, para Cuadra (2003), el mercantilismo ha elaborado una universalidad ilusoria, borrando las diferencias sociales. En la sociedad de consumo contemporánea, “el individuo es arrojado a un espacio en que su identidad es una forma de vida, esto es: un microrrelato cultural, que se traduce en un pseudo - estilo de vida, análogo a la moda”, donde el consumismo apela a una sociedad sin clases (p.19).

Las TICs (tecnología de la Información y Comunicación) configuran nuevas formas de vincularnos. Las redes sociales se transforman en una caja de resonancia de sentires “que para muchos, las redes constituyen una forma de apuntalamiento del psiquismo en situaciones críticas, personales o sociales” (Rojas, 2018, p.87). Es una modalidad virtual de grupos de pertenencia, que deviene dispositivo de sostén y regulación, por lo tanto es productor de subjetividad.

En la Red se construyen vínculos significativos, pero también se dan distintas formas de relaciones circunstanciales y efímeras que quizás no dejen huellas en cada sujeto. Pero lo que transforma subjetivamente es la posibilidad de hacer contactos

inmediatos, constantes y múltiples (Rojas, 2018). En la misma línea agrega, que la inserción en los dispositivos móviles de los usos de internet han transformado fuertemente los lazos, no precisamente significan aislamiento como se presume, constituyen nuevas formas de establecer vínculos, excepto cuando existe una sustitución de los vínculos presenciales que signifique una evitación del mundo.

1.3 Síntesis primaria

El modelo económico global ha incidido en todas las esferas de la vida social. Esto trajo consigo nuevas formas de sentir, ser y estar en el mundo, construyendo subjetividades estilo industrial que promueve el individualismo y la productividad, excluyendo aquello que no encaja en la maquinaria, teniendo como consecuencia la profundización de las desigualdades sociales. Para dar respuesta al sufrimiento que esto ha causado en los sectores más vulnerables, surge la PSC como crítica a los modelos teóricos y metodológicos hegemónicos del Psicoanálisis que se quisieron trasladar a la comunidad, y estaban fuera del contexto histórico-social. De esta manera proponen la deconstrucción y la problematización para abordar a la exclusión con una visión interdisciplinar. Para poder comprender la problemática de las personas en situación de calle, es necesario poder analizar los procesos de producción social, las pertenencias comunitarias y territoriales, los procesos de marginalización, las representaciones sociales que forman parte de nuestro tejido social que definen nuestro comportamiento y nuestra relación colectiva. Tratando de evitar la mirada reduccionista, que ponen foco en un solo aspecto del problema, como el económico, o las adicciones, o los problemas mentales, etc., cuando el mismo es multicausal.

Siguiendo lo expuesto, podemos decir que los procesos de urbanización que se dieron como consecuencia del capitalismo y de la industrialización, trajeron consigo importantes cambios sociales. La concentración de la población se dispone en las ciudades donde se instaló la industria. Se produce una diversificación cultural ya que las ciudades atraen a habitantes provenientes de diferentes lugares. Esto tiene como consecuencia la categorización del espacio y también de los ciudadanos. La división territorial hace que las zonas adquieran determinado valor que será ocupada por determinada clase social, dificultando el sentido de comunidad. Por ejemplo, donde están los comercios e industrias no fueron atractivos para residencias convirtiéndose en comunidades de trabajadores que se agruparon por cercanía a sus fuentes de trabajo, así como también formaron sus

comunidades aquellos que tenían una cultura semejante, como los inmigrantes, entre otros, de esta manera se fueron creando comunidades barriales.

En ese nuevo espacio urbano, se moldean nuevas subjetividades, nuevas formas de ser y estar, que comparativamente con la vida rural son más superficiales, más impersonales y la interrelación es más frágil. La apropiación y la simbolización de los nuevos espacios configuró nuevos sentidos de pertenencia e identificación, así como también la segregación de lo diferente. Las ciudades posmodernas significaron una fluidez y un estar de paso en las formas de transitar y residir de las personas, dificultando así los procesos identificatorios y los sentido de pertenencia.

El cambio productivo, junto con el retiro de la industria tradicional, dejan sin fuentes de trabajo a un gran número de personas generando entornos de pobreza. La masificación del consumo globalizada promovida por la producción imperialista a gran escala, se impone a los mercados locales de menor porte, dejando a productores, artesanos y pequeños fabricantes fuera de toda competencia, muchas veces sin posibilidades de insertarse en el mercado laboral, produciéndose un desclasamiento y formándose villas de pobreza.

El avance tecnológico significó además nuevas formas de producir subjetividad, una nueva modalidad de relación y vínculo, aunque por un lado son efímeros y circunstanciales, por otro lado pueden ser significativos, inmediatos y múltiples. El uso de la publicidad y los medios de comunicación llegó a lugares inusitados, pudiendo ser serviles a las lógicas de consumo e identificaciones mercantiles.

Esta implementación universal de la tecnología a todo nivel, ¿no representa una forma de exclusión de la modernidad?. Pensando en las personas en situación de calle que no tienen acceso a las TICs, las personas de bajos recursos, las personas con problemas visuales, las personas de la tercera edad que por existir una brecha generacional no comprenden las lógicas de funcionamiento de las mismas, todas ellas quedan invisibilizadas. Todo aquel que no entra en esta lógica de consumo a través de la tecnología queda segregado, no solo de un elemento cultural sino también de una herramienta que posibilita y facilita la vida diaria.

2. Problematizando la exclusión

Según lo desarrollado, todo el proceso de industrialización y la sociedad postindustrial trajeron importantes cambios sociales y la forma de habitar los espacios comunitarios. La categorización de los espacios según su valor de uso tuvo como consecuencia la segregación de las personas, generando vulnerabilidad y exclusión de los

sectores más desfavorecidos. Es necesario hacer una revisión histórica de cómo se fueron dando los procesos de exclusión y marginalización, como consecuencia social de los cambios generados en la producción y la distribución de la riqueza.

2.1 Algunos aportes históricos

Para profundizar sobre dicho tema tomamos el trabajo de Castel (1997), quien plantea que históricamente el salariado de hoy en día, que ocupa un gran porcentaje de los activos, nace como forma de intercambio cuando la persona ya no poseía nada más que su fuerza de trabajo. Era para éste una forma degradante ya que se trataban de artesanos arruinados, aprendices que no tenían la posibilidad de convertirse en maestros y campesinos feudales cuyas tierras se volvieron improductivas. Significaba para estos caer en la dependencia, vivir al día y en la necesidad. Este nuevo salariado supo superar las desventajas y convertirse en la matriz básica de la sociedad moderna.

Para comprender la situación contemporánea de vulnerabilidad y precariedad, es necesario “una reflexión sobre las condiciones de la cohesión social a partir del análisis de situaciones de disociación” (Castel, 1997, p.12). Hay una presencia cada vez mayor de personas que fluctúan en la estructura social, sin lugar asignado.

Existe para este autor una correlación entre el lugar que ocupa el individuo en el sistema productivo, la participación en las redes de sociabilidad y en los sistemas de protección que lo cubren de riesgos. La conjunción de elementos negativos en esta “zona” de cohesión social como es denominada por este, produciría la exclusión, la desafiliación, cabiendo en una zona intermedia la vulnerabilidad social, que conjuga el trabajo precario con la fragilidad de los soportes de proximidad, esto no actúa de manera mecánica, ni es para siempre. Lo que juega un papel preponderante que habilita estos procesos, es la relación entre inestabilidad social y precariedad económica.

En la misma línea Castel (1997) dice que la cohesión social se siente amenazada cuando emergen ciertos grupos incapaces de mantenerse por sí mismos que pondrían en peligro su estructura. Estas personas serían aquellas que no podrían trabajar para subsistir como lo son los ancianos, niños sin padres, indigentes, lisiados de todo tipo, enfermos mentales, viudas con hijos, personas que están en el orden de lo social- asistencial, lo cual significa una carga económica, institucional y técnica. Sin embargo existe el “indigente válido” quien siendo capaz de trabajar, no lo hace. Este a pesar de necesitar asistencia, por no encontrarse en las condiciones incapacitantes mencionadas anteriormente, no puede tener beneficio de los dispositivos existentes para atender sus necesidades, por lo tanto es

el más rechazado. Queda invisibilizado en una suerte de extranjero, sin redes de protección (p.26).

El rótulo de vagabundo, según Castel (1997), refiere a un trabajador precario, con una grieta irreparable en la organización del trabajo, que busca un empleo que no encuentra. Hasta el SXVI se le llamaba vagabundo a todos los individuos de mala fama, estigmatizándolo y responsabilizando de la inseguridad entre otras cosas, surgiendo así legislaciones para su destierro, prisión, así como también la condena a muerte. La posterior industrialización concentró un gran número de personas en torno a las industrias, despobló al campo, haciendo uso de los trabajadores cuando los necesitaba y liberándolos a su suerte cuando ya no eran prescindibles. Esto significó el aumento de la pobreza, precariedad del empleo, inseguridad laboral, ausencia de calificación y explotación infantil, desprotección y falta de garantías. Estas familias de obreros se aglomeraban en los arrabales de las ciudades industriales, donde se evidenciaba la falta de higiene, la prostitución, la promiscuidad, las perversiones de los niños, el alcoholismo de los hombres, eran espacios de miseria. A partir de esta degradación de la clase obrera nace el racismo antiobrero entre la burguesía del SXIX. La clase obrera empieza a ser vista como clase peligrosa, fuera de la sociedad, entre la miseria y el crimen. El Estado surge entonces como el intermediario entre los explotados y los explotadores dándole un nuevo sentido a lo social, negociando un compromiso entre partes con posiciones diferentes. Con esto la sociedad salarial tuvo una importante evolución que significó mejoras en diferentes aspectos. De esta manera se incluye a la clase obrera no sólo en la productividad sino también en el consumo, y lo excluye de la zona de vulnerabilidad histórica en la que solo había podido satisfacer sus necesidades y vivir al día. La Seguridad Social y el Estado como intermediario y regulador de la economía significaron una innovación, haciéndose cargo de la promoción de la sociedad. Luego de distintas crisis económicas que surgieron durante el SXX fomentaron los contratos de trabajos temporarios reduciéndose los indeterminados, la precarización laboral, el desempleo, aumentando la vulnerabilidad y desafiliación social.

La familia también ha sufrido transformaciones, se ha vuelto más vulnerable. Es una estructura que se basa en la igualdad relacional de sus miembros, que están expuestos a amenazas de distinto orden. Esto implica que algunas podrían sufrir un debilitamiento de sus lazos por divorcios u otras causas, que si bien suponen una disminución de los recursos económicos de la familia, no implican necesariamente una vulneración económica. Sin embargo la degradación económica producto del desempleo, la quiebra y el

endeudamiento, trae generalmente aparejada la disociación familiar. La expulsión total al campo laboral y el debilitamiento de las redes de protección cercanas están ligadas a la exclusión social. Las personas sin domicilio fijo se constituyen como el homólogo del vagabundo del Antiguo Régimen, son personas desafiliadas, que no pertenecen a nadie, no se inscriben en ningún colectivo (Castel, 1997).

2. 2 Exclusión social en América Latina

Para Baraibar (2000), en América Latina el problema de la exclusión tiene que ser visto a través de sus características regionales propias, ya que son muy diferentes a las de los países desarrollados del norte. América Latina es muy diversa y su problema de pobreza y desigualdad no ha sido resuelto por ningún mecanismo, es decir no se ha llegado a una integración social importante. Problematizar la exclusión a través de sus múltiples dimensiones, tanto económica, política, relacional y simbólica-afectiva.

2.2.1 Dimensión económica

Siguiendo a Baraibar (2000), la industrialización en latinoamérica favoreció al crecimiento de la clase media, la diversificación terciaria que permitió el surgimiento de una “clase industrial” constituida por trabajadores y hombres de negocios, aumentando la formalidad del empleo. A pesar de un fuerte crecimiento económico no se pudieron atender la problemática que significa la pobreza rural y el excedente de oferta laboral de la industria moderna, subsistiendo en nuestras sociedades latinoamericanas, la economía campesina y la informalidad del trabajo urbano. Posteriormente el rápido crecimiento de producción global promovió el crecimiento de la informalización y el trabajo domiciliario que generaron dependencia e inseguridad sin beneficios sociales. La brecha salarial se amplía cada vez más con consecuencias en la estructura social y espacial, provocando un desequilibrio social con la desaparición de la clase media impulsada por el fordismo. El sindicalismo que había tenido un gran papel en la búsqueda de equilibrio social se ve debilitado por la depresión económica y los embates de los gobiernos neoliberales que habían tenido como función la protección del empleo, poniendo los servicios públicos y sociales en la esfera privada como producto de mercantilización. La creación de empleo de los años noventa resultó de baja calidad e insuficiente, esto en América latina se sumó a los problemas de pobreza y desigualdad que ya existían, por lo que derivó en sociedades más fragmentadas.

Belfiore (2001) "Os excluídos não são simplesmente rejeitados física, geográfica ou materialmente, não apenas do mercado e de suas trocas, mas de todas as riquezas espirituais, seus valores não são reconhecidos, ou seja, há também uma exclusão cultural" (p.17). La "invenção do social", el gran cambio del SXIX que parecía haber cobrado fuerza en este siglo, a través de programas de protecciones sociales, Estos se encuentran respaldados por la globalización de la economía y por la crisis del Estado providencia, junto con la crisis de la solidaridad y de los vínculos, ampliada por las transformaciones en las relaciones entre el trabajo y capital y las formas de construcción de identidades individuales y colectivas.

Belfiore (2001) refiere que a la pobreza y la exclusión no se la pueden tomar como sinónimos, aunque la pobreza trae un cúmulo de precariedades que pueden conducir a la exclusión, no significan lo mismo. En la misma línea plantea que el concepto de exclusión contemporánea ha venido siendo vista como un fenómeno multidimensional, no solo recae sobre los pobres históricamente vulnerados sino también sobre los nuevos sectores empobrecidos por las precarias relaciones laborales. No es solo el resultado de la falta de renta sino la falta acceso a los servicios públicos, y a la falta de poder. En ese sentido la desigualdad dada por la privación de poder vincula a la pobreza con la exclusión.

Véras (2001) sobre la situación social de Brasil dada por la industrialización, dice que la migración de la población rural hacia la ciudad en busca de trabajo en la industria originó los problemas habitacionales, la mendicidad y la delincuencia, etc. que hasta el día de hoy subsisten. Esta migración y vaciamiento rural provocó una desorganización e invasión urbana que lentamente se fueron asimilando al nuevo escenario. La segregación urbana, la lucha por el espacio territorial, se convierte en desplazamiento de los más pobres a las periferias, las favelas y territorios irregulares.

2.2.2 Dimensión relacional

Según Bonet I Marti (2006), los procesos de exclusión y vulnerabilidad social no pueden ser explicados solamente desde el punto de vista economicista ya que estos están cada vez más conectados con una problemática relacional. Para comprender la dimensión relacional, como categoría emergente, propone hacer un análisis de las redes sociales con un enfoque teórico pero además que aporte pautas de intervención.

Bonet I Marti (2006) dice que para analizar los cambios sociales generados en cuanto a la pobreza y a la vulnerabilidad de sectores más desfavorecidos, se sustituyó el paradigma de explicación de la pobreza, por otro de exclusión social ya que explica mejor

este fenómeno por su carácter dinámico y multifactorial. Con esta sustitución de paradigma se puede poner en relevancia la dimensión relacional de la misma, poniendo énfasis en la importancia que tienen las redes sociales con las que el sujeto interactúa. De esta manera se puede tener una comprensión mayor de los actores que intervienen en esta y el tipo de interacciones que se desarrollan. Esta red de interacciones sociales influyen en el comportamiento, actitudes y cogniciones de los sujetos, además de proporcionarle o negarle accesos a determinados recursos.

Sobre el concepto de vulnerabilidad relacional Bonet I Martí (2006) aporta lo siguiente: “entendemos por vulnerabilidad relacional, que identificaremos como aquella situación generada por la ausencia o debilidad de los vínculos de inserción comunitaria” (p.4). Esta situación está caracterizada por dos situaciones paralelas: que el sujeto se encuentra en situación de aislamiento con una red social de apoyo débil y que se encuentre en una subred marginalizada que en ambos casos no le da suficientes vínculos que le posibiliten la inserción comunitaria. Los sujetos pueden encontrarse en redes vulnerables, porque las ha heredado ya sea por pertenecer a una familia pobre, por raza o etnia, sectores estigmatizados, o porque ha sufrido una fractura relacional que lo expone a la vulnerabilidad. Estas situaciones de fractura están relacionadas a crisis vitales como lo son los divorcios, violencia doméstica, adicciones, migraciones, discapacidades, muerte de familiares, matrimonios, desempleo, hospitalizaciones, etc.. Todas estas situaciones tienen un efecto traumático y con un fuerte impacto psicosocial.

Bonet I Martí (2006) desarrolla cinco modalidades de exclusión relacional: aislamiento, debilitamiento de las redes familiares, debilitamiento de las redes sociales, inserción en redes marginadas e inserción en redes homogéneas con baja integración comunitaria.

2.2.3 Dimensión simbólica

Baraibar (2000) hace referencia a esta dimensión simbólica de la exclusión, al decir que cuando se produce un alejamiento de las representaciones colectivas y la falta de participación, hace que tenga como consecuencia el rechazo y la no aceptación de lo diferente, ya sea por ideas, por modos de vida o valores. El rechazo no solo se produce a nivel físico, materialmente o geográficamente, sino que también se produce en las riquezas espirituales. Hay una falta de reconocimiento de sus valores y están por fuera del universo simbólico. Son rechazados por sus modos de vida e ideas consideradas como inadmisibles, otorgándoles un no-lugar, sin acceso al material simbólico y a los valores comunitarios. Se

rompe el lazo social pero también hay una ruptura del vínculo simbólico que une al individuo con la sociedad. Agrega además que lo que completa este concepto es la representación social de determinados grupos o individuos que son vistos como diferentes. Sobre esto Baraibar (2000) dice que aquellos que no son vistos como iguales por la comunidad es natural que deje de poseer derechos, beneficios sociales y oportunidades que le es propio a cada miembro de la sociedad.

Nascimento (1994) habla sobre la dimensión histórica de los excluidos. En la Europa premoderna los judíos, los leprosos, sin ninguna relación con el sistema productivo, podían ser ricos como pobres, fueron objeto de exclusión y estigmatización. Luego se fueron sumando los inmigrantes, la xenofobia y el racismo, son las expresiones más visibles de exclusión, junto con los nuevos pobres configuran el blanco más actual. Los nuevos pobres son aquellos que no tienen acceso a los bienes materiales y simbólicos, que no encuentran su lugar en el mercado laboral, esto dificulta la reinserción social y la recuperación de los vínculos.

Según Goffman & Guinsberg (1970), la sociedad categoriza a las personas y establece atributos correspondientes a los integrantes de cada categoría. Es decir que cuando nos encontramos frente a un extraño definimos por su apariencia en qué categoría se encuentra, y según sus atributos, que identidad social le pertenece. Este extraño puede presentar atributos diferentes a los demás que lo convierte en un ser menos deseable, y eventualmente convertirse en alguien peligroso, débil o malvado. De este modo pierde la calidad de persona en su totalidad y cae en el menosprecio. Estos autores establecen tres tipos de estigmas: los defectos del cuerpo, los defectos del carácter, y por último los tribales de la raza, la religión y la nación. Un individuo que podría ser socialmente aceptado posee un atributo que está por fuera de nuestras expectativas, y hace que nos alejemos de él, invisibilizando sus restantes atributos y convirtiéndolo en indeseable. Se construye un estigma y una ideología que explica la inferioridad de la persona y del peligro que representa para la sociedad. En una relación social los considerados "normales" y los estigmatizados tratarán de evitarse, aunque en este último resulta tener mayores consecuencias. La conciencia de inferioridad trae ansiedad, temor, inseguridad, con consecuencias nefastas en el yo. "Soy inferior. Por lo tanto, la gente me tendrá aversión y yo no me sentiré seguro con ellos" (Goffman & Guinsberg, 1970, p. 7).

2.2.4 Dimensión política

Siguiendo el análisis de Baraibar (2000) el cual señala que la falta de reconocimiento y la condena a la inutilidad, también descalifica en el plano cívico y político. El trabajo tiene una dimensión económica y social como fundamento principal de la ciudadanía. Es “el medio concreto sobre la base del cual se edifican los derechos y los deberes sociales, las responsabilidades y el reconocimiento, al mismo tiempo que las obediencias y las obligaciones”. Lo que se pone en juego es la noción de ciudadanía, “No se funda la ciudadanía sobre la inutilidad social” (p.23). Esto afecta a los derechos políticos, a los derechos sociales y a la autonomía de los sujetos. Baraibar (2000) agrega lo siguiente:

El concepto de ciudadanía como condición común a todos los hombres y mujeres, lleva el correlato de la pertenencia al grupo social, con todos los atributos, deberes y derechos que la sociedad reconoce a sus miembros. Sin embargo, no todos aquellos que son reconocidos como ciudadanos desde el plano político, tienen la posibilidad de ejercer en la totalidad los derechos en lo social. Esta condición de no pertenencia, o de ciudadanía “virtual”, se ha denominado exclusión (p.23).

Nascimento (1994) dice además que el crecimiento de la violencia urbana está estrechamente relacionada con la aparición de la nueva exclusión social, que nada tiene que ver con el crecimiento de la pobreza en el espacio urbano. Tiene que ver con el no reconocimiento agudo de grupos sociales fundamenta las masacres en las calles como Río de Janeiro y São Paulo de las personas en situación de calle. En el círculo de las clases menos desfavorecidas, se instala la asociación de la violencia urbana a la pobreza. Los pobres son percibidos como violentos y representan una amenaza contra los bienes de estas clases, es decir que dicha percepción está sobredimensionada. En el imaginario social de las clases más pudientes, está instalado la imagen de pobre unido a la de bandido, un nuevo excluido, económicamente innecesario, y que representa además, un peligro social pasible de ser eliminado. Según Baraibar (2000), sobre ellos hay un estigma, cuya consecuencia es la negación y la expulsión de la propia condición de ser humano, el no reconocimiento de sus derechos y la intolerancia.

2.3. Algunas consideraciones sobre vulnerabilidad y exclusión y sus distintas dimensiones

El recorrido histórico realizado, nos muestra cómo ha sido la evolución de los procesos de segregación y exclusión. Los cambios productivos trajeron la figura del

salariado. Los trabajos eran precarios y el salariado podía apenas subsistir y reproducirse. Las personas que no encuentran su lugar en el mundo del trabajo, que no tienen hogar, ni amos, son los vagabundos y mendigos. En el Antiguo Régimen estos fueron encarcelados, desterrados y hasta sentenciados a muerte, ya que eran considerados peligrosos.

Con la clase trabajadora nace el rechazo al proletariado, el obrero era visto como peligroso, fuera de la sociedad, así era percibido por la burguesía. Aparece el Estado como mediador entre los sistemas de producción y los obreros. Esta mediación trata a través de la Seguridad Social equilibrar las partes, dando garantías y protección al proletariado, mejorando las condiciones de vida. Estas mejoras permiten el crecimiento de la clase media y el acceso de los trabajadores a los bienes y servicios, que hasta el momento solo se podían limitar a subsistir y reproducirse, formando parte no solo de la producción sino también del consumo.

Con el surgimiento de las políticas neoliberales y la crisis en el trabajo, hay una retirada del Estado benefactor dejando los servicios públicos en manos de los privados que provoca un deterioro de los beneficios que se habían conseguido, debilitando su función de intermediario, garante y protector. La crisis del trabajo industrial trajo además el desempleo, el empleo precario, la inseguridad salarial y la desprotección. La exigencia en el mundo laboral, la sobrecalificación como requisito para cubrir puestos de trabajo, provoca que muchos jóvenes no puedan acceder a sus primeros empleos, además de los trabajadores desempleados de larga data, esto tiene como consecuencia la desmoralización y un quebrantamiento de lazos laborales. La pobreza no solo significa la falta de acceso a los bienes materiales sino también simbólicos.

La industrialización provoca la migración de la población rural a los centros urbanos que fueron distribuidos según su valor territorial, los sujetos pasan a tener el valor del lugar donde viven. Estos se concentraron en periferias y en villas empobrecidas, donde prolifera la vida miserable y la falta de acceso a los servicios, es decir que el territorio pasa a ser un componente de la pobreza.

La exclusión social es una problemática multidimensional, por lo tanto no solo significa estar por fuera del mundo laboral, sino que también tiene que ver con la vulnerabilidad de las redes sociales en que interactúe, las crisis vitales, las redes secundarias, que determinarán su comportamiento e inserción comunitaria y promueven la desafiliación.

El alejamiento a la participación y a la vida colectiva hace que se produzca un rechazo a lo diferente, que su forma de vida es vista como inadmisibles dándole un no-lugar,

negando su acceso a lo simbólico y lo comunitario. Esa inadmisión a lo diferente no solo le corresponde a los pobres, sino también a la raza, la religión, la xenofobia, entre otros, todos aquellos que no encajan a la noción de “normalidad” que establece una sociedad. Este es percibido como extraño, peligroso, malvado, perdiendo su categoría de persona cayendo en el menosprecio y en la estigmatización. Este sujeto que pierde su valor productivo, por encontrarse por fuera de él, es excluido también de sus derechos como ciudadano. Esta negación de derechos y la percepción de peligrosidad, genera la violencia y la necesidad de exterminio para las clases más favorecidas que se sienten amenazadas.

La estigmatización trae consecuencias nefastas en el yo. El sujeto se siente inferior, por lo tanto le produce temor, ansiedad e inseguridad. La mirada del otro causa un sufrimiento al sujeto excluido.

3. Contextualidades, sociales, económicas y políticas

Giorgi et al. (2011) describe la situación política social de nuestro país, desde el surgimiento de la Psicología comunitaria entre la década de los 60 y 80, en que el Uruguay tenía una cierta apertura del proceso dictatorial del 73 y los movimientos sociales conquistaron nuevos espacios. Durante la dictadura las actividades del orden comunitario quedaron en manos de las ONGs (organizaciones no gubernamentales). La restauración de la institucionalidad democrática permitió el retorno al país de jóvenes universitarios que habían sido exiliados movilizándolo al ambiente académico y cultural. Se produce una nueva reorganización de las organizaciones populares en medio de tensiones entre las lógicas predictoriales y las existentes de la lucha antidictadura en las últimas etapas de este período. Con el auge del neoliberalismo de los años 90, el Estado retrae su intervención en las políticas públicas, dando paso a las privatizaciones que propician entre otras cosas el surgimiento de universidades privadas. Este período culmina con la crisis en el sistema financiero en el año 2002, que golpea a los sectores más vulnerables creciendo significativamente los índices de pobreza e indigencia. La imagen del trabajador asalariado, estable, sindicalizado y regulado, que sirvió como base de construcción de identidades sociales y subjetividad, tiende a desaparecer dejando lugar al trabajo precario, desregulado, informal, y fomentando el individualismo donde no se pueden sostener procesos identitarios ni proyectos personales y no habilitan la proyección al futuro. De esta manera se pierde la imagen del trabajador como actor colectivo y sujeto de derecho, convirtiéndose en un sujeto individual y aislado, que vive al día y que ha ido perdido su capacidad de negociación y autoestima (Giorgi, 2003). En el año 2005 con los gobiernos de izquierda se retoma el papel

del Estado en las políticas públicas, desarrollando una fuerte inversión en programas sociales incorporando concepciones propias de la Psicología Comunitaria, abriendo nuevos campos profesionales y académicos (Giorgi et al., 2011).

Continuando con lo expuesto y en la misma línea Veiga (2009) afirma que estos procesos que produjeron la fragmentación social, han sido influenciados por el retraimiento del Estado que ha cedido el espacio público a las privatizaciones y tercerizaciones; los cambios en la familia que hace que se pierdan “los marcos de referencia tradicionales”; los cambios tecnológicos que provocan una reestructuración en el empleo, repercutiendo en una diferenciación de clases sociales y urbanas; los conflictos urbanos por una laxa representación sociopolítica; la “macdonaldización de las pautas sociales” globalizando el consumo y la diferenciación que provoca en el espacio urbano (Veiga, 2009, p.196).

En base a esto Veiga (2009) realiza un análisis de las desigualdades y la segregación urbana en el Área Metropolitana de la ciudad de Montevideo. En este se destaca que el Área Metropolitana de Montevideo, se viene experimentando cambios que responden a nuevas lógicas socioeconómicas, proliferando los grandes centros comerciales alejados del centro. En la Costa se concentran las clases media y alta que ocupan nuevas modalidades territoriales como los barrios privados y chacras. En la periferia es donde se ve el mayor crecimiento demográfico constituido en su mayoría por la clase baja. Se caracteriza por autoconstrucciones, complejos de vivienda públicos y asentamientos irregulares. Con el aumento de la pobreza hacia el año 1995 hizo que se profundizaran las desigualdades, surgiendo nuevas formas de fragmentación y vulnerabilidad social que implicaron la “formación de fronteras sociales y disminución de las oportunidades de interacción entre personas de diferente origen socioeconómico”. Las nuevas formas de residencias diferenciadas limitan la interacción entre las clases sociales. La desvalorización del espacio público, el crecimiento de la marginalidad, influyen para que dé lugar la integración social. El establecimiento de estratos sociales a zonas diferenciadas hace que las personas se relacionen entre semejantes y pongan distancia social con quienes son diferentes. Esta distancia se da a nivel económico, social y cultural (p. 200-203).

3.1 Situación de calle

Históricamente la asistencia a las personas en situación de calle era abordada por instituciones religiosas, consolidadas como ONGs. A partir del año 2000, ante la llegada del frío y la insuficiencia de refugios y albergues, la Intendencia Municipal de Montevideo, se hizo cargo de esa asistencia a través de la implementación del programa “Frió Polar”, de

carácter transitorio y con el fin de atender a esta población mientras durara la emergencia por frío extremo. A partir de la creación del Mides (Ministerio de Desarrollo Social) en el año 2005, se implementó un programa que dispone de refugios nocturnos, centros diurnos y albergues destinados a grupos familiares. Este programa creado por el Mides, tiene como objetivo la reinserción laboral, social y cultural de las personas. Estos refugios y centros cuentan con equipo técnico que trabaja para lograr alternativas para que las personas en situación de calle logren salir de tal situación y puedan ejercer sus derechos. Esta problemática es multicausal y además se suma a esto la heterogeneidad de la población que está en situación de calle (Chavez et al., 2013).

Ceni et al. (2010) plantean que la pobreza no solo significa no poder satisfacer las necesidades básicas para obtener bienestar, sino que también significa el no tener acceso a un conjunto de capacidades elementales para desarrollar la vida. La exclusión social se centra en los rasgos relacionales de esas privaciones. La privación de poder establecer vínculos con la comunidad constituye una privación relevante dado el carácter social de la naturaleza humana. La carencia del vínculo social puede afectar a otras capacidades que son necesarias para la vida humana. Las personas en situación de calle no solo carecen de una vivienda, sino que pueden desarrollar preferencias adaptativas en la medida que solo son reconocidos por aquellos que están en igualdad de condiciones, en tanto los otros lo perciben como marginal. Esto produce restricciones en su autonomía y en la capacidad de lograr bienestar y agenciamiento. Los grupos son importantes porque tienen una relación directa con el bienestar, generadores de deseos y objetivos y la valoración que la sociedad tenga sobre ellos tiene un efecto en la autoestima de los miembros, ya que se precisa del reconocimiento de un otro que lo perciba como sujeto con derechos. La exclusión no sólo se manifiesta sobre los vínculos individuales, sino además por la ruptura de los vínculos existentes entre el grupo y la sociedad.

Según Ciapessoni (2007), el número de personas en situación de calle en nuestro país, viene en franco crecimiento desde el año 2000, surgiendo una nueva multiplicidad en la tipología de personas que quedan en situación de calle.

La privación de un domicilio y la continua asistencia que reciben comprende indefiniblemente para estos sujetos una de las más duras "etiquetas sociales". Por ello, se vuelven cruciales los cambios que experimentan en cuanto a la permanencia obligada de estar durante el día en la calle sin tener donde ir cargando con las pertenencias; las relaciones sociales que surgen en los refugios; la incorporación de nuevos hábitos de higiene; el esfuerzo por mantener iniciativas propias que les

permitan alejarse de los circuitos de dependencia entre la calle y refugios, las estrategias de sobrevivencia (por ejemplo, mendicidad); todas éstas transformaciones bajo las que comienzan a moldear su identidad (Ciapessoni, 2007, p.5).

Ciapessoni (2007) agrega que los cambios que experimentan los sujetos cuando ingresan a situación de calle influyen en la conciencia y transforman su subjetividad, sumado a la percepción de inutilidad social, se da cuenta de que posee un estigma, y como consecuencia de esto la percepción de pérdida de autonomía y dominio de sí mismos. La persona que ingresa a situación de calle lo hace con una estructura previa a dicha situación, al ingresar en un medio nuevo deberá desarticular lo internalizado hasta ese momento y realizar una reinterpretación que lo llevará a problemas de identidad frente al nuevo grupo de pertenencia. Contradicciones internas manifestadas en desarraigo, desafiliación que sienten sobre sí mismos, que afloran en resentimiento y vergüenza. En este circuito entre calle y refugios surgen vínculos entre las personas que conviven y comparten las mismas experiencias, de esta manera nace la solidaridad recíproca, que significa compartir información sobre servicios asistenciales que los ayuden a sobrevivir. Existe para algunos un conflicto interno por habitar en un mundo que sienten que no son parte y buscan la diferenciación, no aceptando a sus grupos de pares prefiriendo continuar siendo los sujetos comunes, con aquella identificación con la que crecieron para no sufrir el desarraigo. Niegan y esconden su situación social actual por ejemplo diciendo que es algo pasajero, luego le sucede el desarraigo identitario al no ser satisfechas sus necesidades habituales desembocando posteriormente en la habituación y la resignación de no encontrar salida posible y la percepción propia de ser sujetos de calle con una nueva forma de ser y estar en el mundo (Ciapessoni, 2007).

Giorgi (2003) dice que cuando los sujetos no logran satisfacer sus necesidades y caen en la vulnerabilidad aparecen las prácticas y políticas sociales focalizadas donde se desarrollan un entramado de relaciones sociales y políticas asistencialistas que le asignan al usuario un lugar simbólico marcado por la vulnerabilidad, la falta de autonomía y predisposición. Esto atraviesa su cotidianeidad y condicionan sus prácticas. Todos los que actúan desarrollando estas prácticas sociales, todos los agentes que trabajan para mejorar las condiciones de poblaciones vulnerables, generan subjetividad. Por lo tanto se asignan a esta población lugares y roles, jerarquizando e interpretando sus necesidades y metas desde determinada perspectiva de lo esperable. De esta manera se le da un lugar simbólico a través del discurso cuando desde los operadores se utilizan los términos: usuario,

vulnerable, consumidor, excluido, paciente, etc. Los operadores también reciben connotaciones como: educador, juez, agente, asistente, etc. Esta dinámica de adjudicación y asunción de roles genera posicionamientos que refuerzan y crean subjetividades e identidades.

Giorgi (2003) habla sobre las características en la subjetividad de las personas que están en situación de exclusión y menciona a la baja autoestima como la introyección de una imagen desvalorizada que la sociedad les devuelve, desconociendo sus potencialidades. En una sociedad donde culturalmente el éxito es visto desde la iniciativa personal, la falta del mismo también es de responsabilidad individual. Esto genera en el sujeto vergüenza y culpa de la propia pobreza. Otra de las características mencionadas por el autor es la impulsividad y la tendencia al acto, los sentimientos se expresan a través de la acción, no hay verbalización de los sentimientos y afectos, predomina la gestualidad y la acción como forma de comunicación, sin lugar para la reflexión. La pseudoidentidad corresponde a la imposibilidad del sujeto a sostener procesos identitarios que lo llevan a imitar identidades mediáticas que nada tienen que ver con él. La escasa autonomía en su comportamiento lo lleva a actuar como los otros. El manejo del tiempo significa la imposibilidad de proyectarse a futuro ni al pasado. Todo es un constante presente, el tiempo no pasa y está detenido, no hay posibilidad de proyectarse a largo plazo ni de forma individual ni colectiva. Los vínculos son inestables, existiendo una dificultad de reconocer el lugar del otro. La violencia irrumpe estos vínculos con frecuencia, esta violencia es una expresión de la violencia social introyectada. Se encuentran ajenos a la sociedad y a la vida política, ya que no hay una expectativa de cambios para ellos, esto se manifiesta en una resistencia al cambio aferrándose a la rutina cotidiana. Por último la resignación y la desesperanza, los sujetos tienen la creencia que los factores que determinan su situación están fuera de su lugar de acción, el no los puede controlar. Esto lleva a la renuncia del protagonismo como agente transformador de su condición y entorno.

3.2 Una mirada a la multicausalidad

Como ya se ha resaltado la situación de calle es un fenómeno multicausal. En general se tiende a poner enfoque sobre el aspecto económico relacionados a la falta de trabajo o de vivienda, quedando invisibilizados otros aspectos que inciden en que las personas terminen en situación de calle. Davyt & Rial (2005) dicen que a pesar de la heterogeneidad hay situaciones comunes que provocan la situación de calle como lo son: los problemas mentales, la falta de trabajo, el abandono familiar, el consumo de drogas y

alcohol, la cárcel. Estas situaciones muchas veces son consecuencias de la pobreza, la violencia y conflictos en la vida familiar. En general las personas han vivido una desestructuración familiar por abandono, por fallecimiento de padres en edad temprana, internación en instituciones como el INAU (Instituto del Niño y del Adolescente del Uruguay) o antiguamente llamado INAME (Instituto Nacional del Menor). Estas condiciones de vida, el rechazo y el aislamiento social facilitan la aparición de trastornos mentales que agravan la situación de exclusión. Muchas personas por consumo de alcohol o drogas ya han estado institucionalizadas en hospitales psiquiátricos o han estado en la cárcel. El estar en la calle genera determinados comportamientos como la mendicidad, el consumo de sustancias y alcohol, las conductas delictivas que afectan los procesos de socialización. Quedan atrapados en un círculo de violencia y pobreza en el que no hay salida posible. La ruptura de las redes de sostén familiares y comunitarias es otro factor que contribuye al riesgo de exclusión. Los lazos son inexistentes o esporádicos, esto provoca aislamiento y empobrecimiento de la relación social.

Para abordar la situación de los adultos mayores recurrimos a lo trabajado por Figueroa (2017). En Uruguay tenemos un alto porcentaje de la población de la tercera edad. El índice de natalidad es bajo por lo tanto el número de niños y jóvenes es inferior al de adultos mayores. A esto se le suma la emigración de los jóvenes al exterior en busca de nuevas oportunidades. Se puede decir por lo tanto que tenemos una población envejecida. Esta etapa de la vida se caracteriza por estar atravesada por diferentes cambios, físicos, psicológicos, biológicos, distanciamiento de familiares y amigos. El proceso de envejecimiento es individual y único para cada persona en el cual influyen la cultura, su modo de vida, y el medio social en el que se inscriben. Sobre ellos recae la estereotipación y las falsas concepciones que se tiene sobre la vejez construidas socio-culturalmente. Se le adjudican a la vejez aspectos negativos como la inutilidad, la senilidad, la enfermedad asociada a la vejez, la soledad, la inactividad, etc. En nuestro país la situación de esta población viene siendo atendida por el BPS (Banco de Previsión Social) y MIDES (Ministerio de Desarrollo Social). Para la atención a las personas mayores en situación de calle han desplegado programas que cuentan con albergues nocturnos, transitorios, una red de servicios que atienden en forma integral esta problemática. La inestabilidad atraviesa la cotidianeidad de las personas aunque sean usuarios de refugios, ya que en los mismos se generan conflictos que ponen en riesgo su continuidad en el espacio. La convivencia con extraños no es fácil, asumir el cumplimiento de ciertas reglas para no perder la seguridad que brinda el contar con un refugio, la inaccesibilidad a los centros de salud, la inseguridad

económica que a veces impide la concurrencia a comedores públicos, etc. todo esto que genera inseguridad repercute en desequilibrios emocionales que impiden una proyección a futuro. A nivel familiar se evidencia el debilitamiento de las redes de contención, el deterioro de los vínculos produce un alejamiento de la familia quedando en situación de calle, y al no contar con otra forma de satisfacer sus necesidades tienen que recurrir a los refugios.

Según Sosa (2015) por otro lado, aquellos adultos mayores que presentan problemas de demencia están frente a una doble vulnerabilidad, donde ambas situaciones se potencian. La demencia impacta sobre la identidad y la calidad de vida de las personas que la padecen. La demencia afecta de diferentes maneras a cada persona, depende de la enfermedad y de la personalidad premórbida. Es generalmente crónica y progresiva. Interfiere en el funcionamiento intelectual y afecta las relaciones personales. Afecta la cognición, la memoria, el pensamiento, el cálculo, la orientación, el aprendizaje, el juicio, el lenguaje, se deteriora el control emocional, la motivación y el comportamiento social. Todo esto contribuye a la atribución de un doble estigma, por el hecho de ser viejos y por tener una enfermedad mental.

Otro elemento a destacar es el consumo problemático de drogas y alcohol. Según lo aportado por Rodríguez (2022) predomina el consumo de drogas en personas en situación de calle más que en los usuarios de refugio, en estos últimos el consumo más habitual es el de alcohol. El 86% de las personas en situación de calle manifiesta ser consumidora de drogas, entre las drogas más consumidas está la pasta base. Se tiende a hacer una generalización del consumo de drogas, sin embargo hay un sinfín de aspectos que trascienden la naturaleza de la sustancia que se consume. Es necesario precisar que cada sujeto y situación de consumo son singulares, pero quedan invisibilizados tras una generalización, perdiendo las particularidades de cada sujeto y contexto que acompañan cada situación de consumo. Podemos decir que el consumo potencia la estigmatización asociada a la criminalización y a la visión de sujeto peligroso de las personas en situación de calle.

Por otro lado tenemos la situación de la población liberada de instituciones como cárceles. Las personas que han sido recluidas en instituciones carcelarias han experimentado eventos traumáticos relacionados como amenazas, abusos físicos, distintas formas de violencia y represión, provocando en los sujetos miedo intenso y estrés postraumático, que pueden conducir a problemas de salud mental y de comportamiento que pueden provocar aislamiento social y situación de calle. Estas personas salen con recursos limitados para su reinserción social. Esta reinserción está imposibilitada por la escasa

probabilidad de encontrar empleo, la inestabilidad, la precariedad residencial, la posibilidad de reincidencia y por el debilitamiento de los lazos sociales (Ciapessoni, 2019).

En cuanto a los NNA (Niños, Niñas y Adolescentes) que habitan las calles, la mayoría son consumidores de sustancias y tienen problemas con la ley, presentan deterioro a nivel físico total o parcial, cognitivo, psíquico y de sus lazos de redes protectoras. El INAU junto con ONGs a través de convenios, implementan programas para atender las situaciones de los NNA en situación de calle, a través de equipos de educadores de cercanía, psicólogos, maestros entre otros. Se trata de lograr insertarlos en un hogar, o con sus familias, que terminen la escuela o que ingresen al liceo, que aprendan diversos oficios como panadería, carpintería, etc. El trabajo es complejo ya que a estos les resulta difícil adaptarse a las reglas y a la rigidez de los lugares. También emergen como factores que impiden la adaptación a las lógicas de funcionamiento de las instituciones, la salud mental y las historias de violencia de las cuales han sido víctimas. Se da especial relevancia a la figura del educador de proximidad como generador de lazos, estableciendo vínculos, que los impulsen a un deseo de cambio (Fagundez, 2015).

Para Gómez (2014) los motivos que llevan a los NNA a situación de calle son muy variados, entre los cuales se encuentran: la violencia familiar, la situación económica, los conflictos familiares, entre otros. Esta situación lleva a que los NNA estén expuestos a riesgos como abuso sexual, hambre, discriminación, problemas de salud, privación de libertad, obligación de incorporarse a grupos criminales, etc. Con la aplicación de la Ley de Faltas, destinada a el cuidado y preservación del espacio público, son perseguidos y retirados por la policía enviándolos al Centro de Atención Transitoria de INAU para luego una derivación para su atención. “La propia dinámica de la calle determina cambios y circulación por diversos lugares de permanencia, los que se repiten generando un circuito: calle, hogar, pensión, institucionalización con o sin privación de libertad, entre otras (Gómez, 2014,p.13).

Lo expuesto es apenas un grupo de causalidades que llevan a la persona a situación de calle. En este esbozo quedan una gran cantidad sin exponer como personas con problemas de salud mental, los migrantes, las personas con diferentes incapacidades, entre tantos.

3.3 De la exclusión a la organización

NITEP (Ni todo está perdido), es un colectivo que nace en el año 2018 y está constituido por personas en situación de calle y usuarios de refugios nocturnos. El mismo

surge de los encuentros que tenían en la sala de informática de la Facultad de Ciencias Sociales, a la que concurrían para pasar el tiempo, o buscar trabajo. Desde el centro universitario surgieron denuncias sobre algunas conductas inapropiadas de algunas personas de este colectivo, que ponía en riesgo la seguridad de la institución, dentro de las cuales se mencionan acoso, violencia, personas con coma etílico provocando vómito sobre computadoras, robo, etc. Surge allí una división de opiniones entre aquellos que planteaban la necesidad de restringir el acceso a esta población, y la de algunos trabajadores, docentes y estudiantes que se negaban a que tal prohibición se hiciera efectiva, ya que de esa manera se perdería la cualidad de puertas abiertas que detenta la Universidad (En perspectiva, 2018). Según un documento elaborado por los docentes que trabajan en la sala de informática, más del 80% de personas que concurren a la misma y hacen uso de las computadoras no pertenecen a la institución y que los mismos son personas en situación de indigencia (El observador, 2018).

Desde el Colectivo NITEP, sobre lo acontecido en Facultad de Ciencias Sociales, argumentan que si bien es cierto que durante el día varios “achicaban” en el lugar y por esto surgieron problemas de convivencia, pero la mayoría de las acusaciones no eran ciertas, que el verdadero trasfondo de las denuncias era el prejuicio hacia las personas en situación de calle. A raíz de lo sucedido, contando con el apoyo de trabajadores, docentes y estudiantes lograron organizarse para realizar asambleas semanales en el propio local universitario, con el objetivo de cambiar la mirada negativa que pesa sobre ellos. Ese fue el puntapié inicial al que luego le siguieron otros objetivos más importantes que le dieron vida y voz a este colectivo (NITEP, 20018).

4. Síntesis final

Como síntesis final podemos decir que la industrialización, trajo consigo importantes y profundas consecuencias sociales. La instalación de la industria genera un desplazamiento de la población rural a las ciudades categorizando a los territorios y sus habitantes según su valor de uso. Las ciudades posmodernas significaron fluidez, y una forma de estar de paso lo que imposibilita los procesos identificatorios y los sentidos de pertenencia.

El cambio productivo y la masificación del consumo a gran escala, se impone a las industrias locales, pequeños comerciantes, artesanos, produciendo un retiro de la industria tradicional, generando desempleo y entornos de pobreza. Este cierre de industrias produce

el abandono de los locales que le dan desesperanza al barrio e imposibilita la identificación con el mismo.

El avance tecnológico supone nuevas formas de producción de subjetividad, nuevas formas de relacionarse y generar vínculos con calidad de ser efímeros y circunstanciales pero por otro lado pueden ser inmediatos, significativos y múltiples. Las lógicas de consumo capitalista se inducen a través de los medios de comunicación y la publicidad, que por su masividad pueden llegar a todos los lugares para ser útiles al consumo e identificaciones mercantiles. Proyectan modelos de identidades asociadas al éxito y promocionan una falsa ilusión de igualdad.

Las TICs representan un recurso importante en la vida moderna. El no acceso a ellas supone la exclusión y la segregación. Si pensamos en las personas en situación de calle, tanto como a las personas con problemas visuales, los adultos mayores, las de bajos recursos, quedan invisibilizadas y excluidas no solo de un elemento cultural sino también de una herramienta que facilita la vida diaria.

Pensando en la exclusión y su evolución desde el vagabundo del Antiguo Régimen al surgimiento y su consecuente rechazo al proletariado, vemos el surgimiento de un Estado protector y garante de los derechos sociales. Este en su papel de intermediario hizo posible las mejoras en la calidad de vida de la clase trabajadora. Con la implementación de la seguridad social, el obrero pasa a formar parte no solo de la producción sino del consumo, le permite dejar de vivir al día a poder pensarse como poseedor de derechos y constructor de su futuro.

Este papel de Estado benefactor disminuye cuando entran en juego las políticas neoliberales que hacen que el mismo retire su proteccionismo dejando paso a las privatizaciones. La crisis del trabajo trajo nefastas consecuencias como el desempleo, el trabajo precario, el debilitamiento de las organizaciones sociales y sindicales, la inseguridad salarial, acompañada de la desmoralización y quebrantamiento de lazos laborales. El crecimiento de la pobreza genera la proliferación de villas miserias y territorios irregulares, que generan exclusión y vulnerabilidad.

La exclusión social es multidimensional, no solo significa estar por fuera del mundo laboral sino que actúan otros componentes como el debilitamiento de los lazos sociales y familiares, las crisis vitales, que determinan un comportamiento e inserción comunitaria y promueven la desafiliación. Este alejamiento de la participación colectiva hace que su forma de vida sea rechazada negando su acceso a lo simbólico y lo comunitario otorgándole un no-lugar. Esta exclusión no solo es hacia los pobres sino a todo aquel que no encaje en la

categorización cultural de normalidad que establece la sociedad, son aquellos que por cuestiones de raza, religión, sexo, nacionalidad, etc, son percibidos como extraños y peligrosos, malvados, cayendo en el menosprecio y en la estigmatización. El sujeto excluido por perder su valor productivo también pierde sus derechos como ciudadano, favoreciendo la aparición de la violencia y la necesidad de erradicación de las clases privilegiadas que se sienten amenazadas. La mirada del otro provoca un sufrimiento psíquico, trae consecuencias nefastas en el yo del sujeto que se siente excluido, esto le provoca temor, vergüenza, ansiedad e inseguridad. Así como el éxito es tomado como algo personal, también a la falta del mismo se culpabiliza a la persona, en ese sentido la culpabilización sobre la situación en la que se encuentra recae sobre el sujeto provocando en éste la vergüenza.

En nuestro país luego de retomar la democracia y la institucionalidad, en los años 90 el auge del neoliberalismo con una versión menos dura, tuvo importantes repercusiones culturales y sociales. Se precipita sobre estos la fragmentación, la competencia, la fragilización de lo colectivo, el consumismo, el retiro del Estado protector retrayendo su inversión en políticas públicas, dando paso a la iniciativa privada sobre lo público. La imagen de trabajador asalariado sindicalizado, estable, tiende a desaparecer, dando lugar, a la precarización, la inseguridad, la desregulación, la informalidad y el individualismo. Esto también produce cambios en la estructura de la familia que hace que se pierdan los marcos de referencia tradicionales, los cambios tecnológicos generan nuevas formas de empleo que provocan la diferenciación de clases y la globalización del consumo.

La ciudad de Montevideo desde la década de los 90 viene sufriendo importantes cambios sociodemográficos que responden a las nuevas lógicas socioeconómicas. Se produce una reorganización espacial en base a una lógica comercial. Proliferan las grandes superficies que se desplazan lejos del centro de la capital, creando nuevos centros comerciales y urbanos con acceso a los servicios, produciéndose una distinción entre zonas.

La situación de calle en Uruguay históricamente ha estado en manos de ONGs. A partir del año 2000, como iniciativa de la IMM a través del Programa Frío Polar comienza la asistencia a la población de calle, de forma transitoria mientras dure el frío extremo. A partir del año 2005 con la creación del MIDES se implementan distintos programas de atención con la disponibilidad de albergues transitorios y refugios con la finalidad de la reinserción laboral, social y cultural de las personas. La situación de calle es una problemática compleja sobre la que actúan una heterogeneidad de sujetos y la multicausalidad.

La carencia del vínculo social puede afectar otras capacidades que son necesarias para los seres humanos, solo son reconocidos por los que están en igualdad de condiciones, mientras los otros los ven como marginales. Esto genera una autonomía restringida y la incapacidad de lograr bienestar y agencia.

El número de personas en situación de calle viene en aumento así como también su tipología. Los cambios que sufre el sujeto transforman su subjetividad, percibe su estigma y el sentimiento de inutilidad, la vergüenza, el resentimiento, el desarraigo y la desafiación.

Las políticas y prácticas sociales focalizadas, asistencialistas, lo colocan desde el discurso en un lugar simbólico de usuario marcado por la vulnerabilidad, mientras que la de los técnicos y operarios en la de un lugar de poder y saber. Estos programas y políticas públicas no brindan soluciones definitivas, al no resolver los problemas, generan dependencia al asistencialismo por la falta de autonomía, profundizando la estigmatización.

Cuando se habla de esta problemática se hace desde un enfoque reduccionista economicista, cuando la misma es multicausal y compleja. Si bien es heterogénea su población existen elementos comunes como lo son los problemas mentales, el consumo de drogas y alcohol, la falta de vivienda y empleo, conflictos familiares, reclusión en instituciones como la cárcel, INAU y centros psiquiátricos. El estar en la calle genera comportamientos como la mendicidad, el consumo de sustancias y alcohol, las conductas delictivas que imposibilitan los procesos sociales. Contribuyen con el riesgo de exclusión el empobrecimiento de los lazos familiares y comunitarios que provocan aislamiento y el no reconocimiento.

En una sociedad envejecida por la baja natalidad y la migración de jóvenes en busca de un futuro mejor, es necesario considerar la cantidad de personas mayores en situación de calle. Esta es atendida por instituciones como BPS y MIDES dando alternativas de refugios y albergues. En esta población se evidencia la pérdida o escaso vínculo familiar además de la estigmatización y la estereotipación de ser viejo y en muchos casos dementes.

Los que han estado reclusos en centros penitenciarios egresan con pocas probabilidades de encontrar trabajo, las redes familiares fragilizadas o nulas, han sido víctimas de diferentes tipos de violencia, abuso físico, psicológico, provocando en los sujetos miedo y estrés postraumático. Sin posibilidades de trabajo, vivienda y las redes secundarias fragilizadas, terminan habitando las calles. Tanto el que egresa de la cárcel o de instituciones de rehabilitación o mentales, entra como en una puerta giratoria de la que

es difícil salir, interpelando las formas tradicionales de los dispositivos residenciales (Blanco Latierro, 2018) .

Los NNA si bien su número en las calles ha disminuído, instituciones como el INAU en conjunto con ONGs implementan programas con educadores de cercanía para propiciar la inserción en hogares o con sus propias familias. El objetivo es que vuelvan a la escuela, se inscriban en el liceo o aprendan oficios. Muchas veces este trabajo se complejiza ya que los NNA les resulta apearse a las reglas y las instituciones son rígidas, además del deterioro físico y psicológico como consecuencia del consumo y la forma de vida que han llevado.

Quedan una multiplicidad de causas sin analizar, esta multicausalidad viene en evolución conjuntamente con el número de personas en situación de calle.

El objetivo de esta monografía es hacer un recorrido sobre los cambios perpetrados por el capitalismo y la matriz productiva con efectos en la urbanización y los desplazamientos sociales que han llevado a la exclusión y a la vulnerabilidad. La falta de reconocimiento de la población más vulnerable, en los derechos y la negación al acceso al material simbólico colectivo. La negación de derechos impide también el acceso a la cultura. Aquí mencionamos la tecnología como elemento cultural ¿se podrían considerar a las TICs verdaderas productoras de subjetividad, o por el contrario contribuyen al aislamiento y a las relaciones efímeras?. Hoy en día en un mundo informatizado, en el que todos los accesos a los servicios están automatizados, dependiendo de un usuario y contraseña sin el cual no se existe ni se accede. Pensando desde esta perspectiva ¿no significa esto una nueva modalidad de exclusión y marginación?. Todo el que no puede acceder al uso tecnológico queda invisibilizado, pensando no solo en las personas en situación de calle, también en las personas con problemas visuales, las de bajos recursos, los adultos mayores, entre otros. ¿Sería posible tomar a las TICs como una herramienta para fortalecer vínculos y promover la inclusión social?

La situación ocurrida en Facultad de Ciencias Sociales afirma la necesidad de los habitantes de refugio y calle en tener acceso a la tecnología tanto para buscar trabajo, como también para estar conectados y pasar el tiempo. Sin embargo sirvió como medio para la organización y resistencia. Esto es un ejemplo a lo desarrollado con que surgen otras formas posibles, nuevas modalidades de participación que dan lugar a lo diferente. El colectivo NITEP toma esto como puntapié inicial para sus reivindicaciones, poder mirarse a sí mismos, pensarse como personas y sujetos pasibles de derechos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Baráibar, X. (2000). *Algunos aportes para la discusión sobre exclusión social. Informe del Instituto Nacional del Menor (Iname) y el Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Udelar*. Montevideo.

Belfiore M. (2001). Refletindo sobre a noção de exclusão. En Sawaia. B. (coord) *As artimanhas da exclusão. Análise psicossocial e ética da desigualdade social*. p.16-24. Vozes.

Blanco Latierro, M. V. (2018). *El dispositivo residencial en cuestión. Un estudio desde la psicología social comunitaria*. Montevideo, CSIC–Udelar.

Bonet i Martí, J. (2006), *La vulnerabilidad relacional: Análisis del fenómeno y pautas de intervención*. REDES- Revista hispana para el análisis de redes sociales Vol.11,#4 Diciembre 2006 <http://revista-redes.rediris.es>

Cuadra, Á. (2003). *De la ciudad letrada a la ciudad virtual*. Santiago: Lom Ediciones.
<https://mediateca.cchv.cl/wp-content/uploads/sites/5/2018/06/Delaciudadletradaalaciudadvirtual.pdf>

Castel R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social*. Paidós.

Ceni, F., Ceni, R., & Salas, G. (2010). Preferencias adaptativas y capacidades: el caso de los sin techo en Montevideo. *Prisma Social: revista de investigación social*, (5), 66-109.

Ciapessoni, F. (2007). De Refugios y calle: la construcción de identidad en hombres sin domicilio. M. De Martino y LE Morás (comps.), *Sobre cercanías y distancias*, 103-120.

Ciapessoni, F. (2019). La prisión y después. Violencia, reingreso y situación de calle. *Revista de Ciencias Sociales*, 32(45), 15-38.

Chavez, J., Galizia, V., Arnaud, M., & Gomez, J. C.(2013). Sistematización y construcción de estrategias y herramientas para la inclusión social de personas en situación de calle. Montevideo: Facultad de Psicología, UDELAR.

Davyt, F; Rial, V. 'Vivir la calle' Aporte antropológico acerca de las dinámicas y redes de los 'sin hogar'. Anuario de Antropología Social y Cultural del Uruguay. Romero, S. (editora). Montevideo, Editorial Nordan-Comunidad, 2005..

Fagundez, D. (2015). Cartografías de la actividad de atención directa a niños, niñas y adolescentes en situación de calle en Montevideo, Uruguay. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 5(1), 25-53.
http://www.scielo.edu.uy/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1688-70262015000100003&lng=es&tlng=es.

Fernández, A. (1999). Notas para la constitución de un campo de problemas de la subjetividad, En: A. Fernández (Ed.). *Instituciones estalladas*. EUDEBA.

Fernández-Christlieb, P., & Lindón, A. (2000). El territorio instantáneo de la comunidad posmoderna. *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*, 147-170. Anthropos.

Figuerola, G. (2017). Adulto mayor en situación de calle, pérdida de redes de sostén. [Tesis Licenciatura de Trabajo Social. Facultad de Ciencias Sociales. Udelar].

Giorgi, V. (2003). Producción de subjetividad y prácticas sociales. Construcción de la subjetividad en la exclusión.

https://eva.udelar.edu.uy/pluginfile.php/23582/mod_folder/content/0/11-20/16.Giorgi%2C%20V%202003.docx?forcedownload=1

Giorgi, V., Rodríguez, A., Rudolf, S., Montero, M., & Serrano, I. (2011). La Psicología Comunitaria en el Uruguay. Herencias y rupturas en relación con su historia. M. Montero & I. Serrano García (Comps.), *Historias de la Psicología Comunitaria en América Latina. Participación y transformación*, 399-421.

Goffman, E., & Guinsberg, L. (1970). Estigma: la identidad deteriorada (pp. 1-11). Amorrortu.

Gómez, G. (2014.). Construcción de subjetividad en adolescentes en situación de calle. [Tesis de maestría. Universidad de la República]. Facultad de Psicología.

<https://hdl.handle.net/20.500.12008/4367>

Guattari, F. y Rolnik, S. (2006). Subjetividad e historia. (Apartados 1, 2 y 3). En: *Micropolítica. Cartografías del deseo*. (pp.37-52). Traficantes de sueños.

Indigentes en Facultad de Ciencias Sociales: Situación se mantiene sin cambios por falta de medidas de las autoridades, aunque hay quienes ven que ha empeorado (2018, agosto 15). En perspectiva. Radiomundo 1170 am. <https://enperspectiva.uy/enperspectiva-uy/indigentes-facultad-ciencias-sociales-situacion-se-mantiene-sin-cambios-falta-medidas-las-autoridades-aunque-quienes-ven-ha-empeorado/>

Lefebvre, H. (2014). De la ciudad a la sociedad urbana. *Bifurcaciones: revista de estudios culturales urbanos*, (18), 6.

Lema, V. Z. (1991). *Conversaciones con Enrique Pichon Riviere*. Ediciones cinco.

Montenegro, M., Rodríguez, A. & Pujol, J. (2014). La Psicología Social Comunitaria ante los cambios en la sociedad contemporánea: De la reificación de lo común a la articulación de las diferencias. *Psicoperspectivas*, 13(2), 32-43.

<https://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol13-Issue2-fulltext-352>

Moscovici, S. (1979). La representación social: un concepto perdido. En *El Psicoanálisis, su imagen y su público*. (Trad. Nilda María Finetti) (pp. 27-44). Anesa Huemul.

Nascimento, E. P. do (1994). *Hipóteses Sobre a Nova Exclusão Social: dos excluídos necessários aos excluídos desnecessários*. Cad. CRH., n.21. p.29.47.

NITEP (2018). Colectivo Ni todo está perdido.

<https://plataformanitep.wixsite.com/nitep/testimonios-1>

Percia, M. (1989). Introducción al pensamiento grupalista en la Argentina y algunos de sus problemas actuales. En: Notas para pensar lo grupal. (pp. 17-49). Búsqueda.

Personas que viven en la calle pasan el día en la Facultad de Ciencias Sociales y autoridades buscan solución (2018, junio 21). El Observador. <https://www.elobservador.com.uy/nota/personas-que-viven-en-la-calle-pasan-el-dia-en-la-facultad-de-ciencias-sociales-y-autoridades-buscan-solucion-20186219350>

Pichón-Riviere, E. (1982). Freud: un punto de partida de la Psicología Social y Una teoría del abordaje de la prevención en el ámbito del grupo familiar. En: El proceso Grupal. Del Psicoanálisis a la Psicología Social. (pp. 41-43 y 185-190 respectivamente). Nueva Visión.

Rodríguez, A. (2018). Psicología Social Comunitaria: vigencias y disonancias en los escenarios actuales. Conceptos. Año 93, N° 504, pp. 27-70.

Rodríguez, Y. (2022). Consumo problemático de sustancias psicoactivas y situación de calle. Diálogo entre las políticas públicas y los marcos conceptuales que la sustentan. Trabajo Final de Grado. Facultad de Psicología. Udelar.

Rojas M.C. (2018). Vínculos y subjetividad en la era digital. Revista Do Nesme. Vol.15. N1.

Ruano Ibarra, L. E. (2017). Comunicación digital y agenda cultural. El caso de Facebook en la promoción de imaginarios urbanos.

<https://repository.ucc.edu.co/server/api/core/bitstreams/cfc11f5f-f7c4-4df7-a21c-90f3b55b0c33/content>

Sibilia P. (2009). La intimidad como espectáculo (vol.1). Fondo de Cultura Económico: Buenos Aires.

Sosa, M. (2015). Adultos mayores en situación de calle y demencia: Los modelos de atención en centros 24 horas bajo la órbita del Programa de Atención a Personas en Situación de Calle (PASC). Trabajo Final de Grado. Facultad de Psicología. Udelar.

Valera, S., & Pol, E.(1994)- El concepto de identidad social urbana: una aproximación entre la psicología social y la psicología ambiental . Anuario de psicología N° 62. 5-24. Facultad de Psicología. Universidad de Barcelona.

Veiga, D. (2004). Desigualdades sociales y fragmentación urbana: obstáculos para una ciudad democrática. Ana Clara Torres Ribeiro (comp.) El rostro urbano de América Latina. O rosto urbano da América Latina.

Véras. M. P. B. (2001). Exclusão Social - Um problema de 500 anos. En Sawaia. B. (coord) *As artimanhas da exclusão. Análise psicossocial e ética da desigualdade social*. p.27-49. Vozes.

Wirth, L. (1968). El urbanismo como modo de vida. Ediciones [3https://biblat.unam.mx/hevila/BifurcacionesSantiago/2005/no2/8.pdf](https://biblat.unam.mx/hevila/BifurcacionesSantiago/2005/no2/8.pdf)